

SRA. MAESTRA, SR. MAESTRO.
FIESTA DE GRADUACIÓN
DE LA PROMOCIÓN DE 1998.
LECCIÓN MAGISTRAL
Carmelo Blanco Mayor

*Carmelo Blanco Mayor es Catedrático de Filosofía en la
Escuela Universitaria de Magisterio de la Universidad de
Castilla La Mancha.*

D EJADME que os diga con alegría y gozo, con todo respeto pero también con todo cariño: a cada una de vosotras, ¡Sra. maestra!, a cada uno de vosotros, ¡Sr. maestro! Guardad este nombre, proteged este nombre. Preferidlo a cualquier otro⁽¹⁾. Ningún nombre mejor que el vuestro. Guardad con celo el nombre de maestro. Que los nombres no son inocentes.

Dejadme que sea yo el primero, en nombre de toda la Escuela, en esta última lección que me cabe el honor de pronunciar para vosotros; dejadme que os de el título que en justa lid os habéis ganado: Sra. maestra, Sr. maestro.

En el silencio de vuestro corazón sabéis cada una de vosotras, cada uno de vosotros cuánto esfuerzo, cuánto trabajo, cuánto sacrificio se esconde, sacrificio vuestro, de vuestros padres, de vuestros hermanos, de vuestra familia toda. Mirad por un momento, solo por un momento, hacia atrás, que la memoria es el punto de arranque de nuestros proyectos; volved la mirada a vuestra escuela primera, a vuestros primeros maestros, a las calles donde jugasteis, a vuestro hogar, a vuestros amigos y compañeros, al primer momento en que soñasteis la decisión, la más hermosa, la más importante, de estudiar para maestros.

Hoy es vuestro día grande, vosotros sois los protagonistas y nosotros, testigos de vuestro gozo, deberíamos guardar silencio y escucháros atentamente: escuchar vuestros afanes, sufrimientos y empeños gastados día a día para llegar a acariciar esta meta: también vuestras

(1) Nos hemos librado de aquel título tan extraño que los hados nos inventaron de «profesor de E.G.B.», y también quedó abandonado en las cenizas del tiempo aquello de «trabajadores de la enseñanza».

ilusiones, vuestros anhelos, y, ¿por qué no? vuestros temores y zozobras ante el siempre sombrío futuro. Pero no temáis, vuestro es el mañana, vuestro, el porvenir; vosotros sois nuestra esperanza, vosotros podéis, sin arrogancia, eso sí, retar con mirada serena el horizonte nuevo y profundo que se os abre.

Esta es la última lección de vuestra carrera. Es una lección especial porque lo que, aquí y ahora, os diga no va para el examen. De estas cosas sencillas y hondas que os quiero confesar desde el hondón de mi confianza, os tendréis que examinar durante toda vuestra vida, os tendréis que examinar ante vosotros mismos, vosotros habéis de ser día a día, noche a noche, vuestro propio juez. Ojalá que al final de una larga y fecunda vida os tengáis que dar cada uno a vosotros mismos un sobresaliente alto, un sobresaliente *cum laude*.

En una de las últimas clases, allá por enero, tal vez ya no os acordéis, os decía que el título de maestro confiere el poder ser, pero nunca el ser. El ser señor, el ser maestro es una difícil conquista y una hermosa tarea, es la conquista y la tarea de vuestra vida: la tarea del héroe la llama Fernando Savater en su último libro sobre la educación, un libro que os recomiendo vivamente a todos vosotros. Hace falta madera de héroe para este compromiso que hoy selláis.

Mi primera invitación en este día vuestro: sed señores, sed maestros.

Sed señores. Como ocurre con la inocencia, que en un estado de derecho se ha de suponer mientras no se demuestre lo contrario, también la lengua castellana da este hermoso título de señor a cualquiera, pero se lo da con la boca pequeña. Y esto lo sabe muy bien nuestro pueblo cuando enfatiza: ese hombre es todo un señor.

Sed señores. Señores de vosotros mismos, que es el señorío más hermoso y digno de una mujer y de un hombre: señor de sí mismo significa no andar disipado entre las cosas, tener el centro en el propio corazón y en aquello que del corazón brota. Ser auténtico, tener el centro en sí mismo, sin pliegues ni dobleces, sin la nefasta manía de exigir a los demás lo que a ti mismo no eres capaz de exigirte.

Sed señores de la palabra, señores que atesoran ricas palabras y numerosas lecturas; en estos tiempos en que se nos invita y acucia a acumular cosas, vosotros tenéis que ir por la vida sembrando palabras, palabras nobles, palabras grandes, palabras por las que vale la pena vivir. Hay todavía un racimo de ilustres y augustas palabras, palabras de hondo alcance por las que el hombre se hace digno de sí mismo: verdad, belleza, justicia, libertad, amistad, solidaridad. Son estas las palabras que debéis llevar como estandarte. Las que debéis enseñar con vuestra vida y ejemplo. Invitad al hombre, desde niño, a que abandone las armas y la violencia, enseñadle a comulgar en las grandes palabras comunes, iniciadle en el fecundo ejercicio del diálogo.

La mayor tragedia del hombre es averiguar con horror que los esfuerzos y sacrificios de cientos de millones de hombres «quos fama obscura recondit»⁽²⁾ fueron baldíos, que las victorias «de la causa justa» no engendraron ni la paz ni la seguridad en el mundo, que permanentemente la humanidad está condenada por la insensatez de algunos a peligros todavía mayores que los sufridos en las últimas conflagraciones ya terminadas⁽³⁾. La paz no es fruto de la guerra. La guerra sólo da a luz nuevas y más terribles guerras. La paz sólo puede ser fruto de una educación seria que invite a los hombres a desterrar la violencia y a jugar con las bellas palabras.

Decía Aristóteles que el hombre es el animal que tiene palabras; otros animales tienen la fuerza, la velocidad, el vigor, la fiereza, el poder; nosotros los hombres tenemos las palabras, y con las palabras construimos nuestra morada. Una palabra a tiempo, una palabra ajustada, mejor si anida en el seno de una sonrisa, aquieta el corazón del hombre, más que mil cosas. Dicen que las palabras se las lleva el viento; no os lo creáis, eso sólo ocurre cuando son palabras vacías, sin hondura, sin alma, sin peso. Las palabras serias son como esas leves semillas que llenan el aire y vuelan alegres y despreocupadas buscando un resquicio en las almas para echar raíces y germinar.

Nuestro pueblo, Unamuno *dixit*, necesita palabras y libros junto a los arados. Leed, leed mucho e invitad a la lectura: cada libro es una nueva vida, una nueva experiencia vivida en perspectiva. Qué pena el hombre, la mujer que sólo vive su única, breve vida, cuando tiene a mano la posibilidad de soñar con Homero y Dante, de recorrer viejos caminos polvorientos y aventuras con D. Quijote, de llenar su alma y su mente de metáforas y versos con Virgilio, Quevedo y Lorca. Dicen que en nuestra tierra se lee poco, que nuestras gentes tan atareadas y apresuradas no tienen tiempo para la lectura. Sed vosotros sus incitadores.

Leed, mas no para presumir de libros y de lecturas, que es la más estúpida presunción, leed para ahondar la riqueza espiritual de vuestra vida, para cosechar ideas que restallen en vuestra alma y den como fruto nuevas ideas y horizontes, mundos nuevos. Las pocas lecturas son peligrosas porque hacen hombres dogmáticos, hombres de pocas y pobres ideas; es necesario leer mucho para que, como acaece con los ruegos en el lecho del río, las ideas, al chocar unas con otras, se perfilen y perfeccionen, se afinen y se hagan dialogantes. Sed señores de las palabras para que podáis enseñar lo que sabéis y en todo momento sepáis lo que decís.

(2) Virgilio, *Eneida*, V, 302).

(3) BLANCO MAYOR, C. y MELERO MARTÍNEZ, J. M^º.: «Sobre la guerra» en *Anales*. UNED Albacete. 11 (90-91) 31-51.

Sed señores de las palabras para repartirlas con generosidad, que no hay mayor riqueza que la abundancia de palabras profundas, ni mayor pobreza que no tener palabras para hablar de sí mismo, de nuestras añoranzas y melancolías, de nuestro mundo.

Pero sed, sobre todo, señores de palabra. Señores que cuando plantan su palabra en el encuentro con los hombres, ponen su honor y su alma. Un hombre de palabra, eso basta. Un hombre al que ofende quien le exija firmar un papel. Un hombre del que has de fiar hasta el extremo, porque en su palabra le va la verdad y la vida.

Sed señores de las palabras y señores de palabra. No es pequeña esta invitación, aunque parezca sencilla: es todo un programa de vida. Al buen profesional sólo se le exige que sea un buen profesional. A un fabricante de cuchillos sólo se le exige, y no es poco, que haga buenos cuchillos. A un maestro se le exige que sepa enseñar, pero además que sea buena persona: porque lo que de él se espera, lo que de la escuela se espera es nada más y nada menos que buenos ciudadanos y buenas personas. Y nadie da lo que no tiene.

Sed maestros. Os lo han dicho en vuestras clases: maestro se dice en latín *magister*: es el que es «*magis*», el que es más, el que ha logrado la más alta cota de sí mismo. No se trata de ser más que otros, como sugiere esta nefasta sociedad de la competencia y la competitividad; no se trata de ganar a los demás. En esta tremenda carrera, que es la vida, es maestro el que compite consigo mismo con el recio afán de superarse día a día. Eternos insatisfechos con el límite.

Ahora, en los nuevos planes de estudio, hay distintas especialidades. Y se puede caer en el tremendo error de primar lo adjetivo y olvidar lo sustantivo: sois maestros de... pero ante todo sois maestros.

Maestros que han de enseñar la disciplina del cuerpo, pero sobre todo la disciplina del espíritu; es el rostro espejo del alma, pero no puede reducirse a una máscara más o menos maquillada del alma: los gestos, la armonía del cuerpo son, han de ser, expresión de un espíritu que habla a través de ellos. Así lo entendieron los griegos clásicos que ponían la gimnasia en la escuela, así lo saben los grandes deportistas actuales que entienden el deporte como la victoria del espíritu sobre las limitaciones que nos impone nuestra corporalidad. Sed, ante todo, aventureros del espíritu.

Sembrad nuestra tierra, la llanura y los valles, la Mancha y la Sierrra, de corcheas, de fusas y aún de semifusas; que nuestro pueblo tiene urgencia por abandonar carencias ancestrales y por conquistar el progreso y la justicia; un pueblo que canta es un pueblo alegre y es la ética de la alegría la única ética digna del hombre⁽⁴⁾. Que el alma de los niños vibre por simpatía al unísono con vuestras almas, porque educar es

poner en armonía el espíritu con el espíritu y el alma con las almas. Sembrad de sonrisas nuestras escuelas.

El gran Catón, de quién tomó su nombre aquel primer librito de nuestra lejana infancia, dejó escrito «Disce sed a doctis, indoctos ipse doceto»; de los que saben aprende, pero tú enseña a los que no saben⁽⁵⁾. «Debemos abrir los ojos a los que han visto»⁽⁶⁾ para que aprendan a ver más allá de las apariencias, porque «no puedo enamorarme de aquello que no veo»⁽⁷⁾.

Abrid los ojos a los que no ven la verdad. Soltad la lengua a quienes no saben hablar, la lengua de quienes sólo balbucean toscas ideas. Poned poemas en las manos torpes de quienes aprenden a escribir los primeros trazos. Coronad de verdades y proyectos, de grandes ideales y sueños las tiernas frentes de nuestro impreciso futuro. Esa es vuestra tarea y vuestra gesta. Eso es lo que nuestro pueblo necesita y espera de vosotros.

Gracias a vuestra siembra, florecerá más tarde nuestro pueblo de bachilleres y licenciados y doctores, pero sois vosotros, señoras maestras, señores maestros, los que han de despertar el hambre primera de sabiduría en quienes no tienen hambre ni sed. Sois vosotros los que han de despertar el hambre de libros y poemas. Los que habéis de abrir horizontes dignos a quienes inician el camino de su vida.

No apaguéis las preguntas: un niño es unos grandes ojos abiertos que buscan la luz, y un avispero de inquietas preguntas; ni con un mal gesto ni con una respuesta estúpida para salir del paso, dejéis que se apaguen las preguntas; por el contrario, suscitad preguntas, aunque deban las más graves y serias quedarse sin respuesta. Es el tremendo sino del hombre, pero también su grandeza: el hombre es un ser infinito en preguntas y deseos, en inteligencia y voluntad. Y es una pena que, al salir de la escuela, ya no nos queden preguntas: malo, si se piensa que ya tenemos todas las respuestas; peor aún, si se ha caído en la resignada miseria de creer que no merece la pena preguntar. No apaguéis las preguntas, suscitad el hambre de buscar y de saber.

Porque no necesitamos meros repetidores de saberes ya cristalizados y muertos. Fomentad la creatividad de los niños: que lean ellos, que escriban ellos, que jueguen ellos, que hagan ellos; no se lo deis todo hecho⁽⁸⁾. Fomentad la creatividad de los niños. Haced poetas, haced buscadores; más tarde los podrán hacer ingeniosos ingenieros. Pero sois vosotros los que ponéis la primera piedra y aseguráis los cimientos de toda obra futura. Necesitamos creadores de ideas, de em-

(5) *Disticha Catonis IV*, 23.

(6) BRUNO, G.: *La cena de las cenizas*, pág. 71.

(7) BRUNO G.: *ibid*, p. 59.

(8) Como suele ocurrir con frecuencia en no pocos de esos juegos, mal llamados educativos: ni se puede jugar con ellos ni sirven para educar.

presas, de trabajo, de ilusiones. ¿Dónde los podremos encontrar, si no se fomentó en la escuela el hambre y la sed, el genio y el ingenio? Despertad el alma dormida de esta tierra que supo ser Quijote y Sancho a un tiempo.

Hoy una sociedad satisfecha pero irresponsable, se lava las manos también en la educación y pretende descargar en la escuela todos sus compromisos: todo se ha de enseñar en la escuela, la escuela como panacea para todo. Pero eso son distracciones. Una buena manera de acogerse a la irresponsabilidad. La escuela tiene una tarea más importante y profunda.

Los grandes momentos de la Humanidad, la Atenas del siglo de Pericles, el Renacimiento del Dante y Da Vinci, la Ilustración de Rousseau y Voltaire supieron que la misión más importante de un pueblo es la educación de hombres íntegros y expertos que sepan construir un futuro de progreso en valores humanos. Hoy la asignatura pendiente del hombre, el problema más grave que nos acucia sigue siendo la educación: pero yo no hablo de los instrumentos o los medios de la enseñanza; es algo mucho más radical: yo hablo del modelo de hombre que hemos de perseguir. Pero este es un tema para largo.

Cuando enseñéis las primeras letras, cuando guiéis con mano firme los primeros trazos temblorosos del niño, que con fuerza se muerde los labios, cuando juguéis con los números y las cifras, cuando entreguéis miga a miga, gota a gota los rudimentos de nuestra cultura, sabed que, por encima de todos esos necesarios detalles, estáis diseñando los hombres del futuro y el futuro para esos hombres.

En vuestras manos vais a tener lo que más aman las gentes de nuestra tierra, sus propias esperanzas, sus propios hijos. Este pueblo os va a confiar sus nuevas generaciones para que hagáis de ellos hombres enteros, de cuerpo vigoroso y mente despierta, hombres que se atrevan con la vida. Hacedos dignos de tan magna confianza y responsabilidad.

Hoy yo os llamo con alegría, con gozo, sra. maestra, sr. maestro; es el título y el saludo de un viejo profesor vuestro. Ojalá, Dios lo quiera, que un día cuando por las calles de nuestros pueblos os crucéis con vuestros jóvenes alumnos y con sus padres, os lo digan con cariño y respeto: Sra. maestra, Sr. maestro.

Albacete, a 29 de mayo de 1998